

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación
Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente
Área de Desarrollo Profesional Docente**

Cine y Formación Docente 2006

Jueves 3 de agosto de 2006 en San Miguel de Tucumán.

Un sueño eterno

Por Maria Laura Gumbre

La generación de los jóvenes de la década de los '70 creció en un contexto de cambios a escala mundial. Al interior, esta generación presenció una sucesión constante de golpes militares y democracias vigiladas, el surgimiento del peronismo y sus conquistas sociales, su derrocamiento y proscripción. Al exterior, la gesta de un fuerte sentimiento antiimperialista y el sueño de la unión latinoamericana, alimentados por la revolución cubana que había conseguido derrotar a la dictadura de Batista e imponer un proyecto socialista. También el ejemplo más lejano de la revolución cultural en China liderada por Mao Tse Tung y el Partido Comunista Chino.

Fue una generación que creció con la idea constante de liberación en todos los sentidos posibles y, en lo cotidiano, la liberación sexual y también en el arte, como posibilidades certeras de sacudir un poco a la sociedad.

Con el arraigo local que no habían tenido sus abuelos y por el que tanto habían trabajado sus padres, esta generación de argentinos forjó un proyecto político que en su fracaso abrió las puertas del exilio y los obligó a recomenzar la historia familiar, como sus abuelos, en tierras lejanas.

LA INMIGRACIÓN EN NUESTRO PAIS

El artículo N° 25 de la Constitución Nacional de 1853 sentencia: "El Gobierno Federal fomentará la inmigración europea; y no podrá restringir, limitar ni gravar con impuesto alguno la entrada en el territorio argentino de los extranjeros que traigan por objeto labrar la tierra, mejorar las industrias e introducir y enseñar las ciencias y las artes".

Fue el primer puntapié de carácter legal que dio lugar a la apertura de las fronteras a fin de poblar el territorio nacional. Esta finalidad, no fue cumplida exactamente como lo habían pensado los ideólogos de esta norma, ya que los inmigrantes no se ubicaron necesariamente a lo largo de todo el territorio nacional. La organización de colonias que conservaron las tradiciones de origen ayudó para que esto funcionara en algunos casos.

En 1880 se acentuó el flujo inmigratorio, en parte por las magníficas promesas de la República Argentina, pero también porque las guerras y dificultades europeas atrajeron una fuerte corriente inmigratoria. Entre 1860 y 1880 ingresaron al país 160 mil inmigrantes, y entre 1881 y 1890 la cantidad fue de 841 mil. En total, en la primera centuria sumaron alrededor de nueve millones, de los cuales sólo la mitad permaneció en el país. Muchos de ellos pudieron insertarse en términos económicos y sociales. Otros soñaron regresar a su tierra, pero el nacimiento de los hijos y el paso del tiempo hicieron que desistan del regreso.

De aquellos inmigrantes, los que no se integraron a las colonias situadas en el interior del país y eligieron en cambio las medianas o grandes ciudades, se instalaron en un principio constituyendo núcleos improvisados que funcionaron como grupos de contención y de solidaridad vecinal. Consiguieron o inventaron puestos de trabajo, aprendieron a desempeñarse en nuevos roles, en algunos casos tuvieron que aprender un nuevo idioma. La tierra que los recibió no los esperaba precisamente con una alfombra roja; ni siquiera con un plato de comida caliente. Todo tuvieron que conseguirlo, construirlo, ganárselo.

Vamos a hacer un pequeño recorrido que nos llevará a la década del 70, de la mano de la historia de Vicente¹: él vino desde Navarra a la Argentina junto con su hermano en 1908. Una vez acá, se instalaron en Bahía Blanca y al poco tiempo trabajaban juntos en un comercio en el centro de la ciudad. Vicente necesitaba arraigarse a esta nueva tierra donde iba a pasar el resto de sus años, entonces pensó que la mejor manera era formar una familia. Así fue que mandó a llamar a Margarita, una prima lejana a la que había visto sólo dos veces, para que se viniera para acá y se casara con él. Al año siguiente, Vicente y Margarita se mudaron a una casa que compartían con dos familias más. Bastaron apenas dos años para que pudieran tener su primer y único hijo, Luis, primera generación argentina de una familia que hoy ya va por la cuarta.

Luis aprendió a beber vino en bota, aprendió la jerga extraña que hablaban su padre y madre cuando estaban solos y aprendió también español rioplatense. Se casó con Ángela, una mendocina de San Rafael, hija de vascos también, que hablaba español cordillerano y nada conocía de la tierra de sus padres, ni su lengua, ni sus tradiciones. Desde la muerte de su madre cuando ella era muy pequeña, Ángela y sus hermanos se habían criado con una vecina de la que había aprendido tan sólo las artes de cosechar frutas y hacer maravillas con ellas: dulces, compotas, conservas con almíbares deliciosos que su padre saboreaba y elogiaba al regresar a la casa cada noche. Hasta que un día las cosas se pusieron difíciles y la familia entera –padre e hijos– se mudaron a Bahía Blanca, siguiendo la pista de unos parientes lejanos que prometían trabajo para los hombres y casa para todos.

Allí se conocieron Ángela y Luis. Y se casaron, continuando la línea de vascos inmigrantes de sangre “intacta”, como si de la nobleza se tratara esta historia, aunque por pura casualidad. La historia se bifurcó cuando llegó la hora de que Octavio, el único hijo de Luis y Ángela, formase una familia.

¹ Voy a contar en esta conferencia una historia real, nombrando a sus protagonistas sólo por el nombre por cuestiones de privacidad, ya que es una historia que abarca una dimensión íntima de sus vidas.

La familia de Vicente era de tradición socialista, una tradición que fue mutando y que llegó a Octavio trayéndole muchas preguntas. Claro, el mundo de Octavio no era el mismo que el de su padre ni el de su abuelo.

Luis y Ángela formaron una familia legítimamente argentina. La herencia más fuerte que recibió de las tradiciones familiares su hijo Octavio, fue la creencia en el proyecto político perseguido por sus antecesores. Todas y cada una de las tradiciones vascas de las que Vicente tanto había contado a Luis, no habían conseguido hacer carne en él. Eran relatos de una tierra distante, de un paisaje impreciso que con el tiempo se volvió borroso y aún más lejano que la extensión del océano. Navarra existía únicamente en los recuerdos de Vicente y en las tristezas que Margarita no enunciaría nunca.

Dice Paul Ricoeur que la función desempeñada por la idea de generación “expresa el anclaje de la tarea ético-política en la naturaleza y vincula la noción de historia humana a la de especie humana (...) El sucederse de las generaciones sirve de base, de una u otra manera, a la continuidad histórica, con el ritmo de la tradición y de la innovación”². En la historia a la que nos asomamos, la innovación irrumpe con fuerza frente a la lejanía de los lazos que permiten actuar las tradiciones, llevarlas del relato a la acción. El cambio de contexto hace que todo sea nuevo y que mientras una generación se adapta, otra aprende e improvisa. La siguiente se siente en casa.

MEDIOS Y FINES: LA POLÍTICA

En el hogar familiar sólo Luis hablaba de política; Ángela callaba. La política no era tema de mujeres, aunque esa ley no impedía que la mujer acompañara con gestos de aprobación los diálogos de los hombres de la casa.. Octavio escuchaba pacientemente a su padre en las largas sobremesas de adoctrinamiento. En aquella familia, Octavio tenía un lugar reservado para tomar parte en la acción política. No era que sus padres esperaban de él algo mágico. Sencillamente,

² Ricoeur, Paul., *Tiempo y Narración III*, México: Siglo XXI, 1996.

anhelaban que su hijo continuara con la tradición familiar participando en el partido socialista o alguna agrupación afín a sus ideas. Luis imaginaba para él una vida un poco más asentada, fruto de un futuro título universitario. Les hubiese gustado que fuera maestro, pero se convencieron de que la bioquímica también era una herramienta de ayuda al prójimo.

Luis sabía que la manera de convocar a su hijo a la política no era la fuerza de la tradición sino la de los sueños, para que la militancia fuera después la forma de perseguirlos. Para ello supo educar a su hijo en valores de igualdad, derechos, respeto mutuo y justicia distributiva. No le enseñó a ser socialista, sino a anhelar los anhelos del socialismo.

Octavio casi no conoció a su abuelo Vicente, ya que él tenía apenas seis años cuando falleció. Sí recordó durante casi toda su vida las canciones incomprensibles que le cantaba su abuela Margarita a quien la muerte de su esposo dejó sumida en una tristeza infinita. Ellos no aparecían en el álbum familiar, de modo que su imagen se desvaneció lentamente en la memoria de Octavio. La única familia presente en el álbum eran sus padres, en las distintas casas que habían habitado a lo largo de su vida. Esa era la historia asible de la familia. Poco había para buscar hacia atrás. La búsqueda de Octavio sería irremediamente hacia adelante.

LA JUVENTUD EN LA DÉCADA DEL '70

Veamos cuál era el contexto en que tuvo lugar la iniciación a la militancia de Octavio.

Decíamos al comienzo que si tuviéramos que definir con una palabra el espíritu que comandaba a las agrupaciones de jóvenes que fueron conformándose en las décadas del '60 y '70 en Argentina deberíamos usar la palabra "liberación".

A los ojos de América Latina, el mundo se aprestaba a una definición de aquella disyuntiva que cada vez se mostraba con más claridad: *liberación o dependencia*. Dependencia del imperialismo demoledor que se imponía desde Estados Unidos. Liberación de un modelo que limitaba el desarrollo económico y cultural y la

autonomía política de los países en desarrollo.

La derrota norteamericana en Vietnam en 1975, después de diez años de guerra, había mostrado al mundo que no hacía falta ser una gran potencia para luchar contra el imperio. Se sumaba así al ejemplo cubano, convirtiéndose ambos en certezas de que era posible vivir de acuerdo a un orden distinto del impuesto. La liberación prometía la posibilidad de imaginar otras formas. La revolución cubana, por ser parte de América Latina y por haber ocurrido en una isla tan próxima a los Estados Unidos, se convirtió en emblema y uno de sus líderes, Ernesto "Che" Guevara, en ícono de la revolución posible. El asesinato del Che en Bolivia en 1967 dio fuerza al mito del gran héroe de la guerrilla que, además, era argentino. Eso en el plano internacional.

En el plano nacional: durante el siglo XX en Argentina hubo once presidentes de facto y veintidós que asumieron por elecciones democráticas o en sucesión por la renuncia o fallecimiento de un presidente anterior, de los cuales sólo ocho concluyeron sus mandatos según regla la Constitución Nacional.

La sucesión de los gobiernos militares, el golpe que derrocó al gobierno peronista en 1955 y la dura represión posterior, la proscripción del partido y el destierro de su líder, sumados al endurecimiento de las políticas económicas, permitían suponer que la transición a un régimen más igualitario no sería sencilla. Quienes gozaban de los privilegios económicos no tenían ninguna intención de ceder en favor de nuevas causas.

Con seguridad, los canales de la política tradicional no serían una vía válida para el cambio. En este contexto, la lucha armada se presentaba como una opción necesaria. Además, las memorias de aquellos jóvenes no podían llevar más que a un escepticismo severo. Conocían la democracia en sus versiones restringidas y a sus instituciones en situación de desprestigio. Habían mamado la violencia institucional como un hecho cotidiano. Para ellos, las vías pacíficas de la política parecían un espejismo de la teoría.

Fueron estas generaciones las que a fines de la década del '60 y principios del '70,

comenzaron a conformar diversas organizaciones políticas revolucionarias que tenían por objetivo la transformación hacia un nuevo orden social.

MEDIOS Y FINES: LA POLÍTICA O LA LUCHA ARMADA

La política era entonces algo bastante distinto a los tiempos que marcaron el tono de la militancia de Luis. Las agrupaciones ya no eran necesariamente masculinas. Las mujeres las integraban en pie de igualdad y las tareas se repartían casi sin distinción de género. Si bien muchas de las agrupaciones se ubicaban bajo el paraguas de algún partido político y habían llegado a tener amplia representación parlamentaria, la organización de la militancia tenía un carácter diferente del de las tareas tradicionales político-partidarias. La militancia se traducían en acciones y se alimentaba de lecturas. Todo el tiempo se alimentaba un proyecto que debía estar a tono con la situación internacional y sobre todo con la situación latinoamericana. Esta conciencia del país inserto en un proyecto regional es propia de esta época. Para ser realizable, el proyecto no podía ser tan sólo argentino y hacía falta un contexto favorable para permitir su supervivencia. No era un proyecto de partido, sino de Nación y de mundo.

Estos proyectos tenían que ver no sólo con el contexto externo, sino con un contexto cultural interno y también regional que llevaba a los jóvenes a ciertos consumos culturales grupales. Las identidades políticas se nutrieron fuertemente de prácticas tales como los debates sobre literatura, las lecturas sobre política, la música. El concepto de liberación tenía que ver con otras prácticas culturales no necesariamente despegadas de la política. La liberación sexual era parte de un cambio en el rol de la mujer en la sociedad, su posibilidad de votar, su inserción en el mundo del trabajo y su mayor presencia en las universidades. El cambio en la constitución de las parejas se produjo en este contexto. La formación de las parejas fue también expresión de la lucha por un proyecto.

En 1966 Octavio tenía 20 años y estudiaba bioquímica en la Universidad Nacional del Sur. Cuando el 28 de junio el entonces

presidente Illia fue derrocado por un golpe de Estado, la vida cotidiana en la universidad se volvió bastante más hostil. Octavio integraba una agrupación de izquierda afín al socialismo y centralmente antiperonista. Esta segunda característica sirvió de disfraz en la ciudad durante algún tiempo, pero después del '66 todo fue más complicado.

Las antiguas disputas con las agrupaciones peronistas comenzaron a traducirse en estrategias comunes de defensa y más tarde en formas comunes de planificar algunas acciones. Pronto comenzaron las discusiones al interior de la agrupación por la posibilidad de pasar a la lucha armada.

Octavio no había nunca un arma de cerca. Su acciones dentro de la agrupación habían sido siempre de alfabetización y adoctrinamiento de los trabajadores portuarios en Ingeniero White. La proximidad del puerto con la base naval de Puerto Belgrano habían hecho de él un blanco fácil para la inteligencia militar, de modo que en seguida debió dejar esas tareas y pasar a cumplir otras de logística que lo acercaron a las discusiones centrales respecto de las formas de continuidad de la lucha.

En el país en general, la dictadura de Juan Carlos Onganía, impuesta en 1966, llevó adelante medidas económicas que despertaron la reacción de muchos sectores sociales. En ese momento se consolidaban agrupaciones gremiales y políticas que reunían a trabajadores y estudiantes, proponiendo distintos niveles de militancia. Estas agrupaciones se ordenaban según su ideología por adhesión o resistencia al fenómeno masivo que era el peronismo. Incluso las agrupaciones que se definían como peronistas, se dividían entre la derecha y la izquierda, según las tensiones internas del propio partido.

Las organizaciones que tuvieron mayor relevancia fueron Montoneros y el Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo, conocido como PRT-ERP. Ambas eran organizaciones armadas, la primera era peronista y la segunda provenía de una tradición marxista.

Montoneros surgió en 1970 y su primera acción pública fue el secuestro y posterior fusilamiento del General Eduardo Aramburu, responsable de una serie de asesinatos

ocurridos en 1956³. Este hecho precipitó el fin de la dictadura de Onganía y una crisis al interior de las esferas militares que culminó en el llamado a elecciones abiertas en las que el peronismo logró un triunfo largamente anhelado. Montoneros se había conformado bajo el ala protectora de Perón que desde su exilio en Madrid alentaba sus acciones. Sin embargo, cuando en 1973 el líder volvió a ocupar la presidencia, sus políticas ya no fueron tan convergentes con el ala izquierda del partido y la ruptura con los Montoneros no demoró en acontecer.

Mientras tanto, el ERP, brazo armado del PRT organizaba sus filas desde una estructura militarizada en la que la lucha armada era el eje para las futuras acciones.

La muerte de Perón llevó a la presidencia a su esposa, María Estela Martínez de Perón, y con ella a la derecha peronista cuya acción más terminante fue la conformación de la Alianza Anticomunista Argentina, que se conoció como la Triple A. Esta organización paramilitar tuvo facultades para reprimir sin límites a las agrupaciones de izquierda, cualquiera fuera su filiación partidaria. En sus manos, el ejercicio de la violencia institucional, ilegal y clandestina impuso una primera fase del terror. Este fue el contexto en que Montoneros optó por la lucha armada clandestina como forma de pelear por el poder.

A fines de 1975, el PRT-ERP llevó a cabo un intento de tomar un cuartel militar en la provincia de Buenos Aires y fue sorprendido por una emboscada del Ejército⁴. Allí murieron cientos de guerrilleros. Desconcertado y carente de toda autoridad, el gobierno declaró inútilmente el estado de sitio. En respuesta, el Comandante en Jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla, instó públicamente al gobierno a reordenarse, amenazando con desplazarlo. Nadie se sorprendió cuando el 24 de marzo del año siguiente, apenas cuatro meses más tarde, el mismo general encabezó un nuevo golpe de

Estado que comandaría el destino nacional por siete años.

Los integrantes de agrupaciones peronistas y agrupaciones de izquierda se vieron forzados a esconderse, salir del país, o enfrentar los peligros. La idea de entregar la vida a "la causa" había dejado de ser una opción para pasar a ser un hecho

MEDIOS Y FINES: LA REPRESIÓN ILEGAL

La dictadura que comenzó en marzo de 1976 se diferenció de las anteriores por la sistematicidad en el uso de los métodos represivos. El gobierno de la junta militar emergió como una fuerza represiva que funcionaba por fuera de la ley a través de la organización de grupos militares entrenados para eliminar cualquier tipo de disidencia.

Entre sus prácticas más frecuentes podemos enumerar los secuestros, interrogatorios bajo tortura, violaciones, asesinatos, robo de niños, despojo de bienes materiales a los secuestrados, además de una cantidad de delitos que en este contexto podrían parecer menores.

A lo largo del país, más de trescientos edificios públicos y privados fueron utilizados como centros clandestinos de detención por los que pasaron miles de personas de las cuales no quedaron rastros.

A estas personas se las conoce hoy como "desaparecidos", una triste palabra que identifica la historia argentina y condensa la magnitud del horror.

En el caso de Tucumán:

La "Escuelita " de Famaillá fue el primero de estos centros. Se trataba de una pequeña escuela de campaña, que en 1975 se encontraba en construcción. Otros centros fueron: La Jefatura Central de Policía, el Comando Radioeléctrico, el Cuartel de Bomberos y la Escuela de Educación Física, todos ellos ubicados en la capital de la Provincia. La Compañía de Arsenales "Miguel de Azcuénaga", El Reformatorio y El Motel en las proximidades de la misma. Nueva Baviera y Lules en

³ Estos asesinatos pasaron a la historia como "los fusilamientos de José León Suárez". Sobre ellos puede leerse la novela "Operación Masacre", de Rodolfo Walsh, escritor desaparecido que fue miembro de la agrupación Montoneros.

⁴ Se trata del ataque al cuartel de Monte Chingolo, en la provincia de Buenos Aires.

diversas localidades del interior. En la zona rural también funcionaron al menos transitoriamente, Centro Clandestino de Detención (C.C.D) en la Comisaría de Monteros, el ingenio Bella Vista y los "Conventillos de Fronterita" construcciones precarias que hablan servido de alojamiento para trabajadores del ingenio de esa localidad. En pleno centro de la ciudad de San Miguel, la jefatura Central de Policía, que ya funcionaba como lugar de torturas, se transformó -mediante refacciones internas- en Centro Clandestino de Detención. El Comando Radioeléctrico en la calle Laprida al 1000, era otro lugar donde se alojaban clandestinamente detenidos. Cruzando la calle estaba ubicado otro C.C.D en el Cuartel de Bomberos. Otros centros funcionaron por un corto lapso: El Reformatorio y la Escuela República del Perú, en el barrio del Palomar. El centro más importante de las afueras de San Miguel fue el que se instaló dentro de la Compañía de Arsenales "Miguel de Azcuénaga " dependiendo directamente de la V Brigada de Infantería⁵.

El accionar ilegal de la dictadura militar se conoce hoy como "terrorismo de Estado", término que implica la utilización de los recursos del Estado en contra de los ciudadanos, mediante el despojo de todos sus derechos.

En su estrategia general, la dictadura desintegró el movimiento político y gremial que se había gestado en las décadas anteriores y que había sido un actor central en los hechos del pasado inmediato.

Esto lo logró con una doble estrategia: por una parte, desde lo económico, implementando un cambio estructural que terminó con el modelo industrial alentado por el peronismo que facilitaba la gesta de asociaciones obreras y las luchas por la defensa de los derechos de los trabajadores. Desintegrando este sistema, desintegró también las relaciones humanas que en su interior se establecían. Este cambio en el modelo productivo fue parte de un plan más

amplio que ligó la economía interna a los centros económicos internacionales, alentando el endeudamiento externo a niveles que trabaron las posibilidades de desarrollo económico nacional de modo estructural.

Por otra lado, la desintegración del movimiento político y gremial se logró implementando un aparato represivo que sirvió para imponer el terror a nivel de toda la sociedad. Más allá de las prohibiciones y censuras explícitas, el terror funcionó desalentando cualquier nucleamiento en demanda de respeto por los derechos laborales, civiles, políticos y humanos.

EL EXILIO

La noche siguiente al golpe de 1976 Octavio iba para la casa de sus padres y antes de llegar lo interrumpió una "pinza". Lo metieron en un auto, con los ojos vendados y lo llevaron a un descampado donde mientras lo golpeaban duramente fue amenazado de muerte, él y cada miembro de su familia. Quienes lo detuvieron conocían su vida en detalle. Lo dejaron tirado y tardó siete horas en reponerse y volver a la ciudad. No fue a su casa sino a la de un compañero. No quería que su madre lo viera tan golpeado. Al día siguiente supo del secuestro de varios de sus compañeros de agrupación. Por intermedio de su padre consiguió un pasaje de micro y se fue a San Rafael, a la casa de unos parientes de su madre. Ahí se quedó ocho meses, sumando nuevos secuestros y muertes al inventario de su entorno de militancia. No podía volver, pero tampoco estaba tranquilo. A principios de noviembre su madre y su padre lo visitaron especialmente para sugerirle que saliera del país por un "tiempito".

Octavio se exilió en España, buscando unos lazos familiares que nunca pudo encontrar. Finalmente la solidaridad de los argentinos exiliados le sirvió de ayuda para conseguir trabajo en Francia, donde nada le resultó sencillo. En 1983, cuando muchos de sus coterráneos emprendieron el regreso, él tenía dos hijos franceses con una exiliada chilena que nada quería saber entonces de regresar al cono sur. Todavía vive en Francia.

⁵ Fuente: www.nuncamas.org